

EL ESCRITOR LATINOAMERICANO COMO TRAIADOR (MÁS ALLÁ DE *YO EL SUPREMO*)

ANGEL RAMA

En 1977, o sea tres años después de la aparición de *Yo el Supremo*, Augusto Roa Bastos dio a conocer un cuento, también de trasfondo histórico paraguayo como su novela, en el volumen¹ que el editor italiano Franco Maria Ricci consagró al soldado-pintor argentino Cándido López (1840-1902) a quien debemos la deliciosa serie de cuadros ingenuos en que, más que pintar, aunque lo hizo con rara acuidad, historió la Guerra de la Triple Alianza que el Imperio del Brasil, la Argentina y el Uruguay llevaron contra el Paraguay de 1865 a 1870.

Por tratarse de una colección de alto precio y de tirada reducida, que publica textos con exclusividad, este cuento de Augusto Roa Bastos no tuvo la difusión que merecía, como tampoco la han tenido los textos de Jorge Luis Borges o de Roland Barthes que han aparecido en los diversos volúmenes de la espléndida colección de Franco Maria Ricci.

Es, sin embargo, un impecable relato, en el cual Roa Bastos aborda ese asunto mayor que ha merodeado en varias de sus obras, el cual parece esperarlo con su prodigioso despliegue de personajes y situaciones y su ubicación central en la historia paraguaya: la primera gran guerra fratricida latinoamericana, la que ha motivado una más amplia bibliografía por parte de sus numerosos y conspicuos protagonistas, la que alcanzó los mayores horrores por su ferocidad y por la denodada resistencia que opuso a los ejércitos invasores el puñado de soldados paraguayos derrotados definitivamente en Cerro Corá el 1 de marzo de 1870, y la que ha promovido un más extendido sentimiento de culpa entre los propios vencedores, preanunciado en las fatídicas profecías de Andrés Lamas y de Juan Bautista Alberdi, pero también en las cartas del joven capitán brasileño Benjamin Constant Botelho de Magalhães, que en esta experiencia infausta aprendería a odiar a la Monarquía y a constituirse en el Fundador de la República del Brasil.

El cuento se titula "El sonámbulo" y en una nota previa el escritor ("el compilador" se autodefine, como en *Yo el Supremo*) lo presenta como un documento que por azar encontró a principios de 1947 en la Fiscalía General del Estado de Asunción. Se trata de una exposición que el ex-coronel Silvestre Carmona dirige años después de la guerra al Fiscal General del país, quien habría escri-

to un libelo contra Francisco Solano López titulado *Un tirano del Paraguay* y en el cual, según la nota introductoria, lo habría definido como la tercera persona "de la Santísima Trinidad del Poder Absoluto que, con Gaspar Rodríguez de Francia y Carlos Antonio López, convirtió al Paraguay en un país de ilotas y de cretinos".

Este documento es, como señala el compilador, una mezcla de confesión, de memorias e incluso de conato narrativo, el cual publica con las anotaciones de propia mano que le ha introducido el Fiscal. Este anota algunas de sus informaciones, comenta otras desde una posición crítica y concluye que se trata con probabilidad de un texto apócrifo, obra de un simulador. De hecho es la sumaria narración de la vida de Silvestre Carmona, un intelectual de la segunda mitad del XIX paraguayo, en cierto modo un descendiente de Patiño que fuera escribiente del Supremo en la novela de Roa Bastos dado que ocupa ese cargo junto a Francisco Solano López, hasta constituirse en un miembro de su casa civil y militar. A diferencia de Patiño, es un hombre de origen humilde que se ha instruido gracias a los intentos educativos promovidos por Carlos Antonio López en su gobierno, habiendo luego hecho estudios en Europa, especialmente en Londres, que le acreditan un nivel superior de conocimientos.

El personaje ha sido diseñado para ser la mirada que registra la vida de Francisco Solano López, a cuyo servicio entra cuando ya, a pesar de sus veintipocos años era comandante en jefe del ejército, a quien acompaña en su viaje a Europa donde casa con la irlandesa Elisa Lynch, y a quien vuelve a servir, regresando de Europa, en la inminencia de la guerra, que se inicia con las expediciones de López al Matto Grosso y la provincia argentina de Corrientes en 1864. A los años de la guerra se consagra la mayoría del documento, en particular a los episodios posteriores al abandono por los paraguayos de las fortificaciones del cuadrilátero de Humaitá, en febrero de 1868, relatando las sucesivas retiradas con fuerzas cada vez más diezmadas, reducidas al fin a jóvenes y mujeres, para concentrarse en el último episodio: la entrada a la inaccesible picada de Chirigüelo para establecer una última y vana línea defensiva en Cerro Corá, donde Francisco Solano López será muerto por los brasileños, concluyendo la guerra.

Es la culminación de la heroica resistencia del pueblo paraguayo y en cierto oscuro modo, lo es también de la vida del coronel Silvestre Carmona. Este presencia la muerte de López y oye su grito, "Muerdo *con* mi patria" que ya había preanunciado al comienzo de su escrito cuando expresa que vio naufragar en Aquidabán-nigüi, en la persona del Jefe Supremo, lo que quedaba de un pueblo, de una nación. Tal simbiosis entre Jefe y Pueblo prolonga una concepción ya desarrollada en *Yo el Supremo* y al igual que en esta novela se formula en oposición dialogística a la interpretación de la historiografía liberal: mientras que en la novela el propio Dr. Francia la combate, en el cuento es el Fiscal quien afirma esa interpretación mediante sus escolios al documento, disociando al Jefe del Pueblo para hacer de él simplemente un tirano opresor.

Pero no se repite el esquema ideológico de *Yo el Supremo*, al pasar del Dr. Francia a Solano López, pues el Narrador que firma el testimonio documental,

quien es escribiente, intelectual, militar, y ofrece una imagen positiva sin visibles figuras del Jefe Supremo, quien acompaña hasta el fin la resistencia nacional, es también, como recién la última línea del texto lo revela, un traidor: él entrega a los brasileños la última, inexpugnable posición, gracias a su conocimiento del terreno, siendo por lo tanto quien facilita la muerte del Jefe Supremo. Este desenlace sorpresivo, aprovechando un recurso narrativo borgiano, sin que el texto de su deposición lo anunciara explícitamente o lo prefigurara mediante juicios negativos acerca de López y sin que tampoco sea fundamentado al develárselo en el final del relato, instaura el enigma de la conducta del narrador que es propuesto como desafío interpretativo al lector, ya que el Fiscal no comenta la sorprendente información.

En la medida en que todo texto, literario o no, en cualquier punto de su desarrollo actualiza la suma de informaciones proporcionadas hasta ese momento, la última frase con la cual se cierra asume la totalidad textual y la rearticula a partir de su propio significado. Cuando esa última frase dice "Ese traidor fui yo, el ex-coronel Silvestre Carmona", el tema de la traición edifica retrospectivamente un paradigma que recupera todas las menciones anteriores del tema, aún aquellas que pasaron por datos secundarios y que ahora cobran principalía. Efectivamente, las referencias a la traición ocupan un lugar importante en los hechos de la guerra, a partir de las primeras derrotas. El fracaso de la Expedición del Sur es atribuido también por el informante (como en la historia real lo hiciera el Mariscal) a "la traición de sus jefes", sin abundar en episodios como el juicio sumario y ejecución del Brigadier Robles ordenado por López y la famosa orden del día 6 de octubre de 1865 contra Etigarríbia en el estilo grandilocuente que acostumbraba el Jefe Supremo. Pero en cambio se detiene en las presuntas traiciones posteriores a la caída de Humaitá y a la evacuación de Asunción en 1868, que motivaron el tribunal presidido por el Padre Maíz que condujo al fusilamiento del obispo Palacios, del ex-general Barrios y del tesorero Bedoya. El episodio es ambiguo: por una parte el presidente del Tribunal que ha de juzgar al Obispo, es el mismo padre Maíz que había estado en prisión denunciado por el Obispo, habiéndose tenido que retractar de sus pasados errores frente a él para ser liberado; por la otra, Silvestre Carmona integra ese tribunal que juzga a los traidores, cuando él lo ha de ser poco después; por último, el rechazo con que López se opone a la intercesión de su madre en favor de otro de sus hijos también acusado, Benigno, rechazo que merece el calificativo de "plutarquiano" en la culparla del padre Maíz, parece abonar el extravío del Poder Absoluto.

Pero el tema es aún anterior y aparece en la primera conversación de Francisco Solano López con el joven escribiente Carmona, donde las familias acomodadas de la capital son acusadas de "perpetuo nido de traidores" y Carmona, a pesar de su humilde origen rural, definido como un "alma doble" a consecuencia de su misma educación gongórica, recibida directamente del padre Maíz. El tema de la traición establece así su vínculo con el tema del intelectual, y así habrá de resurgir en el final del relato, pues la impenitente retórica del padre Maíz en Chirigüelo le lleva a evocar el desfiladero de Termópilas, a comparar

Esta suma de componentes del paradigma (traidor, intelectual, extranjero) que se oponen a los que integran el paradigma que López representa (patriota, inculto, nacional) se amplía mediante valores conexos que funcionan en una categoría simbólica y no simplemente temática. Así, la "pedantería gongorina" y la "oratoria" se adscriben al primero, en tanto que el habla llana y vigorosa que distingue a López corresponde al segundo. Más significativa en esta ampliación es la oposición habla/escritura. El texto de Silvestre Carmona ha sido escrito y las respuestas del Fiscal también: pertenecen al universo de la gramatología. Pero la escritura está percibida en el relato como una minoridad respecto al habla, evocando el puesto secundario que le concedió Saussure. Aún más: oscuramente se propone que la escritura es un insuficiente remedo que viene a compensar la pérdida del habla.

Silvestre Carmona expresa inicialmente que "sin memoria y sin lengua, sólo puedo escribir" considerando que es poner la subjetividad viviente en lo más ajeno o extranjero que exista a ella, que es la palabra escrita. Complementariamente agregará que la escritura es lo no-permanente, lo que puede ser dejado de lado, lo que puede hacerse desaparecer simplemente con apartar los ojos, en tanto que el habla es permanente, no cesa y no puede hacerse desaparecer, lo que ejemplifica con el grito de López al morir, que él no ha cesado de oír. La explicación contradice las ideas recibidas sobre la relación habla/escritura y hasta podría pensarse que, tácitamente, a Derrida. Solo al finalizar el cuento se alcanzará a cabalidad el significado de esta reflexión inicial, pues al abalanzarse Carmona traidor para defender al Mariscal López acosado por el ejército brasileño, una bala le destroza parte del maxilar y le corta la lengua de raíz, una lengua que escupe sobre su mano y arroja al suelo.

El alcance simbólico del episodio se obtiene por la relación estrecha entre la muerte del Jefe Supremo, la destrucción del pueblo paraguayo (ambas convocadas en la fórmula "Muerdo *con* mi patria") y la pérdida de la lengua en que Jefe y pueblo se mancomunaban. Y, en el "alma doble" del traidor, la pérdida de la lengua, instrumento comunitario de la comunicación, sustituida por la exclusiva vía de la escritura. Ya antes, evocando sus años de estudiante, Carmona había contado la función de celador que le cabía siempre por tratarse de uno de los alumnos adelantados y que consistía en colocar en el pescuezo de sus compañeros una argolla de bronce si los encontraba hablando en guaraní. Ya en su pasado había ejercido esa represión del habla natural y popular, al servicio de la institución eclesiástica, al tiempo que había desarrollado su conocimiento de lenguas extranjeras (latín, inglés y francés). Al cumplirse la traición, toda posibilidad de expresión hablada desaparece con la mutilación que sufre; quien fuera escribiente de Carlos Antonio López y de Francisco Solano López, queda confinado definitivamente al campo de la escritura. En un ensayo de Roa Bastos, "El texto cautivo. Apuntes de un narrador sobre la producción y la lectura de textos bajo el signo del poder cultural"¹ ha proporcionado su concepción de la relación habla/escritura:

Frente al vivo y poderoso fenómeno del habla, la palabra escrita y la palabra leída se oponen y desdoblan en sus naturaleza y comportamiento diferentes. El flujo del habla, homogéneo y nutritivo, se realimenta y transforma constantemente en el cruce de las voces de muchas culturas; su trabajo es de carácter casi fisiológico; su suelo raigal, la pulsión del inconsciente colectivo; en todo caso, la intersubjetividad social. Leer y escribir, en cambio, son operaciones derivadas del habla, operaciones en cierto modo multiplicadoras como los signos del alfabeto, que pasan no sólo a través de los filtros y campos de resistencia de la subjetividad, de sus fibras más hondas, sino también a través de las rejillas y ecuaciones de la inscripción de los signos. Trabajo solidario y continuo el del habla como vertiente dinámica y viva de la lengua, se transforma en trabajo solitario y discontinuo de la escritura y la lectura que se invierten especularmente en la irrealidad de los signos.

Hay un subyacente esquema opositivo, que puede admitir la romántica progenitura rousseauiana: de un lado pueblo, habla, lengua autóctona, cultura analfabeta, del otro, individuo, escritura, lenguas clásicas y modernas europeas, cultura alfabetada, extranjerismo. Es del destino del intelectual que aquí se habla, invirtiendo la oposición de Sarmiento, porque realísticamente y no ilusoriamente como fue el caso de toda la Joven Argentina (con la parcial excepción de Alberti), se parte de la inadecuación del modelo intelectual derivado de Europa respecto al medio ambiente primitivo y popular, lo que ha sido y es una comprobación flagrante. Desde la segunda página Carmona reflexiona que su vida fue siempre lo contrario de lo que quiso ser, pues desde la infancia amó el mundo del espíritu y el placer de los pacíficos estudios y lo que tuvo fue la guerra. Más aún, siendo cobarde tuvo que ser valiente, odió al ejército y concluyó siendo uno de sus jefes. El desencuentro del intelectual con su realidad americana está aquí persuasivamente dibujado y en este trozo de la demostración contaría con el beneplácito de Borges que escribió el poema a Laprida, cuando la barbarie de los cabecitas negras peronistas le pareció que revivía la de los gauchos fustigada por el Sarmiento abrazado al "principio europeo".

Tal desencuentro va siendo apuntado con levedad en varios episodios: el padre se opone a tener un "hijo soñador"; el accidente que padece al recibir un golpe en la cabeza le hace reconocerse bajo la misma insignia de la modernidad que fijó Rimbaud: "Je est un autre"; toda su apreciación de la realidad ambiente se sintetiza en el famoso versículo de San Pablo en la Primera Epístola a los Corintios que opone la visión de la infancia a la de la edad adulta, "Ahora vemos por un espejo oscuro", apelando a una luz interior para guiarse. El desencuentro se suelda con un destino servil: ya sea el del Padre Maíz que originariamente se opuso al gobierno perpetuo de Francisco Solano López y que concluyó untuosos discursos de un gongorismo provinciano, ya sea el de este intelectual más riguroso que es Silvestre Carmona y a quien no espera más destino que el de escribiente al servicio del Poder Absoluto. En este panorama, ser intelectual no es ser hombre y es así que Carmona interpreta el castigo

de silencio perpetuo que ha recibido por el crimen de no haber sido nunca *un hombre*, lo que en el texto de su documento, alude a una vaga y mística doctrina que sería la que movería la implacable resistencia de López y según la cual el sacrificio de la vida es el que mantendría esencialmente la vida, que es lo que a Carmona habría predicado su maestro de matemáticas Dupuy.

En el relato, los dos antagonistas, López y Carmona, están aprisionados en esta percepción rígidamente antagónica e insoluble; no se avizoran otros modos de ser intelectual en ese medio, ni otros modos de ser poder. Si la concepción del intelectual sigue el modelo ya desarrollado en *Yo el supremo* que es un rígido maniqueísmo (en la época fueron intelectuales Andrés Bello y Simón Rodríguez, ofreciendo dos modelos dispares de la función intelectual en un medio desguarnecido), no se puede decir lo mismo de la concepción del poder, pues contamos aquí con dos fuentes informativas diferentes; si bien la que proporciona el Fiscal es de un liberalismo cerril y escasamente persuasiva, la que ofrece Carmona permite, más allá de la admiración devota, algunas dudas sobre la legitimidad del poder que representa López. Sin contar que la información histórica proporciona una imagen de López que difícilmente puede equipararse a la que proporciona el Dr. Francia.

La línea revisionista a través de la cual ha desarrollado Roa Bastos su nueva concepción de la tiranía, cuenta con menos apoyos históricos en el caso de Francisco Solano López, lo que no importaría en otro tipo de literatura pero sí en una que, como ésta, se construye sobre un abigarrado fondo documental y hace del narrador un compilador de informaciones registradas en textos. Las contradicciones existentes en la información histórica sobre López y la Guerra de la Triple Alianza son trasladadas al cuento "El sonámbulo" mediante el artificio de que el documento de Silvestre Carmona rebata explícitamente las afirmaciones del libro del Fiscal *Un tirano del Paraguay* y a su vez el Fiscal vuelve a rebatir los argumentos de Carmona sobre López, caracterizándose ambos discursos por una misma mutua inculpación: la de no registrar determinadas informaciones, determinados documentos, que contradecirían las tesis que desarrollan.

Por más que Carmona aduzca que las únicas historias dignas de crédito son las que relatan quienes de ellas participaron, por más que ofrezca un testimonio personal vigoroso, estamos en un típico debate intelectual entre historiadores, siendo la escritura la que fija el campo de operaciones, la pertenencia a un hemisferio del conocimiento con sus leyes propias, dentro del cual luego se podrán establecer posiciones diferentes solo en la medida en que sus basamentos operativos sean comunes. A su vez la existencia de ese hemisferio que absorbe la totalidad textual permite visualizar a otro que está fuera de él, sobre el cual se predica, el cual sería drásticamente distinto: sería la real vida espontánea de un pueblo movido por valores culturales específicos donde aún la irracionalidad y el absurdo cumplirían una función relevante. Así lo confiesa el texto de Carmona, reconociendo que la derrota final ya había quedado sellada en los iniciales reveses de la guerra, de tal modo que la carnicería de los cinco años siguientes de resistencia, en la cual se consumiría el pueblo paraguayo, no es-

taba dirigida a la obtención de un improbable triunfo, sino a la satisfacción de una necesidad espiritual, la de conseguir la supervivencia de la nacionalidad a través de su sacrificio heroico, legando la obstinada resistencia como marca constitutiva de la nacionalidad respecto a todos los extranjeros, en especial las naciones fronterizas. Es López quien interpretaría esta cosmovisión y quien por lo tanto asumiría este designio trágico perteneciente a los valores culturales del pueblo, soldándose indisolublemente con él, tal como lo atestigua la carta del Marqués de Caxías al gobierno brasileño que Carmona trae a colación en su documento. Lo absoluto de su poder no sería entonces producto de su individualidad restringida, de su tiranía personal, sino esta capacidad para interpretar, visualizar y, sobre todo, simbolizar, las aspiraciones profundas de la comunidad, popular, analfabeta, hablada.

Dentro de este esquema, el intelectual es fatalmente un traidor, a partir de su definidor ejercicio de la escritura y, con ella, del sistema racionalizado, individualizado y egoísta, que llevó adelante el mundo europeo al promover la revolución burguesa. No hay otra solución para él. Siempre será traidor y todo ejercicio de la escritura será una traición más. Es este maniqueísmo que ya estaba presente en *Yo el Supremo* y que aparece como la simétrica inversión del maniqueísmo de Sarmiento, para quien el caudillo gaucho era el traidor y el intelectual era el patriota. Y sin embargo, hay algo nuevo en este cuento respecto al modelo ofrecido por la novela.

Silvestre Carmona es, como lo define López, un "alma doble", lo que quiere decir que reconstruye la dualidad de opuestos que Fausto encontraba en su pecho al abrirse la modernidad en la Europa del XVIII. Nunca se define a sí mismo como intelectual, sino como soldado, es el ex-coronel Silvestre Carmona; a pesar de su formación educativa y de su cobardía, sigue como un bravo, siempre fiel, la resistencia de los paraguayos que acaudilla López; vive su traición como una culpa, lo que evidencia su comprensión de los valores del proyecto de López que ve como superiores y legítimos para la nacionalidad; sobre todo, su percepción del hemisferio real de la vida popular, se opone por igual al del Padre Maíz, que simboliza el antiguo intelectual tradicionalista y retórico, y al Fiscal, que simboliza la visión moderna, escrituraria, extranjerizante y liberal. Está a medio camino entre los dos y, lo que es más importante, entre la escritura y el habla. Esto no sólo por el episodio simbólico de su mutilación, sino porque es capaz de trasladar al hemisferio escriturario el significado espiritual, vivencial, oscuro y existencial de la inútil resistencia paraguaya, lo que quiere decir que es capaz de transportarlo al sistema racional y articulado de la escritura y a través de él transmitirlo. Es un ingente esfuerzo transculturador para doblegar un instrumento enemigo y ponerlo al servicio de un distinto sistema de valores, lo que no quiere decir que triunfe.

Los niños, decía San Pablo, también los hombres y aun el entero pueblo paraguayo, nos viene a decir Carmona, ven a través de un espejo oscuro y los dos términos contradictorios deben ser realizados por igual, tanto *ver* como *espejo oscuro*, porque se trata de un verdadero conocimiento que sin embargo no se formula mediante un sistema racionalizado. D. H. Lawrence, que practicó

estas mismas percepciones, diría que a través de la sangre; James Baldwin, el novelista negro, decía que a través de la piel; Roa Bastos dice que a través del sistema espiritual de una cultura ágrafa, trasmitiéndose por el habla, por el grito. Y sin embargo Silvestre Carmona consigue *ver* por el *espejo oscuro* y luego *ver* por el *espejo claro*: su testimonio escrito pertenece a esta adulta, importada, nítida y racional manera del conocimiento y es dentro de ella que a nosotros nos llega el mensaje acerca de aquella otra vía del saber que practican los resistentes y su Jefe.

Por último, el "alma doble" se evidencia en el acto final. La traición que pacta con los brasileños, entregándoles a López, va acompañada de su exigencia de que se le permita regresar al campamento patriota. Los brasileños lo acuerdan gustosos y lo interpretan como un ardid para disimular la traición; el texto del documento confirma que no es así, que vuelve para alcanzar la heroicidad necesaria a la consolidación futura de la nacionalidad, lo que sin embargo le quedará vedado y será condenado al padecimiento de la conciencia culposa. Aun su mayor esfuerzo de coparticipación con el destino del pueblo resultará frustrado y, junto con éste, entrará en el culposo ejercicio de la escritura que se abre para el Paraguay y del cual es Augusto Roa Bastos su último representante esclarecido, también él traidor, también él sentado sobre la media verdad, sobre el medio filo del sable, consumido y desgarrado por esta conciencia. La función del escritor contemporáneo pasa así a ser la denuncia del escritor, su radical incompatibilidad con las fuerzas que mueven a la comunidad, su incapacidad para integrarse a ellas. Los dos términos se neutralizan, constituyendo la conciencia agónica que ignoró por completo Sarmiento: es capaz de comprender y aun racionalizar explicativamente las fuerzas que mueven a los pueblos y por esa misma función es radical y constitutivamente, traidor a ellas. Lo único que puede hacer es transformar esta pesadilla en un texto escrito, una y otra vez, o sea, revivir este sufrimiento y transformarlo en su autocastigo. Curiosamente resuena aquí una concepción que no pertenece a la vida intelectual de las zonas marginadas, sino al centro mismo de las metrópolis ecuménicas. Es el "Heautontimoroumenos" de Charles Baudelaire: "Je suis la plaie et le bourreau", el cual José Martí leyó con la angustia de una autorevelación. No se equivocaba, porque desde él ya estaba aposentada la modernidad en América Latina y sería en ella donde un conflicto que pertenece a la modernidad y la define interiormente, alcanzaría su expresión ultrajada. Sabemos que fue en la periferia del capitalismo donde las contradicciones de éste se magnificaron hasta edificar un espejo que las devolvió como imágenes grotescas, atrozmente deformadas. No hay motivo para pensar que no habrían de afectar a la literatura ni a la función del escritor, salvo que el optimismo beato de la mayoría de los escritores procuró disimularlo o directamente no lo vio. Incluso quienes, en la vida contemporánea, han manejado las teorías de la dependencia para construir el discurso contra las metrópolis y a favor de la exaltación nacional o regional revolucionaria, han recortado al escritor de este panorama, porque llegados a ese punto íntimo su modelo es Jean Paul Sartre, al cual quieren asimilarse. Hay que convenir que Sarmiento fue más coherente, como lo es

también Augusto Roa Bastos en el actual panorama, afirmación que no acarrea que sus respectivos maniqueísmos deban ser aprobados. Hay más cosas en el cielo de lo que estas filosofías proponen.

NOTAS

1. Manejo la edición brasileña de la obra: *Cándido López*. Texto de Augusto Roa Bastos, introdução critica de Marta Dujovne, apêndice com textos de Antonio Cándido, Lélia Coelho Frota e Rachel de Queiroz. Parma, Franco Maria Ricci, Rio de Janeiro, Cofraria dos Amigos do Livro, 1977, pp. 181.
2. En *Sábado* No. 211, suplemento de *UnomásUno*. México, 21 de noviembre de 1981, pp. 2-5. Es el texto de la ponencia presentada al II Congreso de Escritores de Lengua Española, Caracas, 1981.